

colección rúbrica



GONZALO ARJONA



CIELOS DE CARBÓN I

CRUCE DE SOMBRAS

Nueva edición revisada y ampliada

esstudio
ediciones

CAPÍTULO 1

El andén de la estación de Abbesses estaba repleto; a las siete de la mañana el subterráneo de París late al compás de los corazones de los miles de hombres y mujeres que se dirigen hacia sus trabajos, de los jóvenes camino de las universidades y los colegios, de personas de todas las razas y condiciones que se desplazan, utilizando el Metro, por el subsuelo de París, la ciudad más bella del mundo.

Entre la masa que esperaba la llegada del tren, un hombre joven vestido con traje azul marino miraba absorto un plano que había pedido en taquilla. En el suelo, entre sus piernas, reposaba una cartera en piel de color marrón que su mujer le había regalado en su último cumpleaños.

Cuando el Metro hizo su entrada en la estación, el joven aún tenía el plano desplegado en la mano derecha; tomó la cartera con la mano izquierda y se dispuso a entrar en el vagón.

Una avalancha de gente apresurada por entrar le empujó, haciendo que golpease con la cartera a una señora en el trasero. La mujer volvió la cabeza como un resorte mirándole con gesto de reprobación. Intentó

suavizar la situación pidiéndole perdón con un levantamiento simultáneo de hombros y cejas.

—Desolé, madame —murmuró, mientras intentaba cerrar el plano.

Cuando el tren se puso en movimiento, el joven, que no había tenido tiempo de asirse a ningún sitio, se desequilibró. Ya se veía inevitablemente en el suelo cuando un hombre de rasgos orientales le sujetó del brazo, evitando que fuese a dar con sus huesos en el piso del vagón.

—Merçi... desolé —exclamó. Buscó apoyo en una de las puertas del vagón, se colocó de nuevo la cartera entre las piernas y terminó de doblar el plano. Miró a su alrededor y sintió el roce de las miradas de las personas que le rodeaban; al cabo de unos segundos cada uno volvió a sus pensamientos y todas las miradas regresaron hacia ese infinito personal que cada uno arrastra consigo y que le aísla del resto de los mortales.

Carlos Solorzano acababa de integrarse entre la gente que el Metro transporta a primera hora de la mañana por los subterráneos de París.

Se había levantado muy temprano, con el sueño aun tirándole de la espalda pero con tiempo de sobra para no llegar tarde a su primer día de trabajo en el banco. La tarde anterior había llegado a París y apenas había tenido tiempo para dirigirse al hotel, deshacer las maletas y bajar a cenar a un restaurante chino situado en la misma calle donde se alojaba, y en el que se había fijado cuando

descendió del taxi que le había llevado hasta el hotel. Era tarde quería cenar rápido para descansar del viaje y encontrarse despejado por la mañana, pero Carlos era de los que, cuando tienen una preocupación, les cuesta trabajo conciliar el sueño. Y la mañana siguiente era importante para él; motivo suficiente para que Morfeo se negara a darle su abrazo. Cuando al fin se quedó dormido, hacía rato que las campanas de Nôtre Dame habían proclamado a los cuatro vientos las dos de la madrugada.

El convoy entró en una estación y Carlos bajó la cabeza intentando leer el nombre tras los cristales del vagón; el desconocimiento del Metro en una ciudad que no era la suya le producía inseguridad. Temía dejarse atrás la estación de Concorde, donde tenía que realizar un transbordo.

Sintió que le tocaban el hombro y pensó que de nuevo había violado la integridad de alguien. Temiendo que fuese la misma señora a la que había molestado con anterioridad, se volvió lentamente.

Se sorprendió al ver que no era la individua de mirada fulminante la que había llamado su atención, sino una mujer joven y bella que le miraba con atención mientras le sonreía. Carlos le devolvió la sonrisa.

—Bonjour —dijo la chica, sin dejar de mirarle.

—Bonjour —le respondió Carlos extrañado.

—¿No me conoces? —le interrogó ella en un perfecto castellano.

—Lo siento, pero no...

—¿Seguro que no me reconoces? —insistió la joven, arrugando los labios en un gesto de pena.

Carlos la miró detenidamente. Tenía los labios pintados de un rojo fuerte, el pelo muy negro y liso, cortado a lo garçon. Quiso distinguir algo familiar en esas facciones, pero no acertaba a saber qué era, hasta que se detuvo en sus ojos y sintió un vacío en el estómago.

La mirada de aquellos ojos grandes le activó la maquinaria de los recuerdos, urgido por descubrir en qué momento de su vida se había cruzado con esa mujer tan bella. Estaba seguro de que no podía haber olvidado un rostro así, con esos ojos que no dejaban de mirarle interrogadoramente. Sintió un golpe que le sacudió por dentro cuando creyó reconocer esa mirada; cerró los ojos y pudo verla con toda claridad. El pelo mojado por el sudor se le pegaba a la cara, esos ojos arrebatadores, grandes y muy negros le robaban los suyos, y una voz susurrante le decía al oído: «Esto se llama placer, y es lo que quiero sentir el resto de mi vida».

—¿Ruth? —exclamó, abriendo los ojos en el momento que ella se abalanzaba sobre él abrazándose a su cuello, besándole y pronunciando su nombre.

—Carlos, Carlos, ¿cómo es posible que te encuentre aquí?

Estaba sobrecogido, era la última persona que hubiera pensado encontrarse, no ya en París, sino en cualquier

parte del mundo. Hizo un cálculo intentando averiguar cuántos años hacía que no veía a Ruth. ¿Quince?

—¿Qué haces en París? —preguntó ella.

—He venido a trabajar, hoy es mi primer día.

—¿Cuándo has llegado?

—Ayer por la tarde.

En ese momento el tren entró en la estación de Concorde. Ruth le dijo que tenía que bajarse allí, Carlos también tenía que hacer transbordo en aquella estación, por lo que salieron juntos al andén.

—Tengo que verte, Carlos, me tienes que contar muchas cosas.

—Pero, ¿tú vives en París, o estás aquí de vacaciones? —preguntó él.

—Vivo en París desde hace años. Nos tenemos que ver, ¿dónde te alojas?

—En Montmartre.

Ella hurgó en su bolso, sacó una libreta y escribió algo en un papel que depositó en la mano de Carlos.

—Nos vemos esta tarde a las ocho, en este café; está en Montmartre, cualquiera te indicará como llegar. Vente preparado, porque me tienes que poner al corriente de todo.

Se acercó de nuevo a él, le regaló dos besos en las mejillas y se marchó.

Carlos se quedó de pie en el andén, con el papel en la mano, viendo cómo se alejaba y esperando a que se

volviese para poder verla de nuevo, para convencerse de que era Ruth, su Ruth. Cuando aquella sorpresa hecha mujer llegó al final del andén se dio media vuelta, le dijo adiós con la mano y desapareció.

Durante el corto trayecto hasta la estación de Tuileries no paró de darle vueltas al encuentro. Se preguntaba cómo era posible llegar a París y encontrarse con Ruth después de tantos años; no creía en el destino, pero lo que estaba claro era que el destino reserva sorpresas en cualquier parte. Quién le iba a decir que se tropezaría en París con la mujer que más había significado en su vida hasta que llegó Susana. Con la chica con la que hizo el amor por primera vez, y de la que estuvo enamorado en su adolescencia.

• • •

El banco donde iba a trabajar tenía sus oficinas en la Place Vendôme. Cuando Carlos salió a la calle en la estación de Tuileries, la imagen del París más espléndido se le regaló ante sus ojos. A su derecha se alineaban los elegantes edificios de la Rue de Rivoli, y a la izquierda los Jardines de las Tuileries abrían el espacio, como una gigantesca alfombra de caprichosos adornos, hacia el Palacio del Louvre.

Cruzó la calle y caminó bajo los arcos hasta la Rue Castiglione, allí giró a la derecha para adentrarse en la Place Vendôme.

Al llegar no pudo menos que pararse y admirar aquel lugar; la plaza, de planta cuadrada, construida a petición del mismísimo Rey Sol, y rodeada de arcos, está considerada como uno de los rincones más bellos de la capital francesa. Presidiéndola en el centro, una columna de bronce a imagen y semejanza de la Columna Trajana, mandada a construir por Napoleón con el bronce de los cañones que le dieron la victoria en la batalla de Austerlitz, apuntaba al cielo de la primavera parisina. Carlos pensó que sería un privilegio acudir cada día a aquel lugar durante los próximos meses y emborrachar los sentidos con esa belleza.

En el banco recibió la cálida bienvenida del director de la oficina, un francés de unos cuarenta y cinco años, alto, delgado, con el pelo entrecano que, vestido con un impecable traje de Armani, se presentó como Armand Molineux en un perfecto castellano con fuerte acento francés.

Le acompañó hasta su despacho; tras hablar del objetivo de su formación, aclarándole que estimaba en tres meses, máximo, la duración de la misma, y de asegurarse de que estaba perfectamente instalado, le guió en una visita por la oficina para presentarle al resto de sus compañeros. Los hombres le recibieron con una sonrisa y un apretón de manos, mientras que las mujeres lo hicieron con tres besos, a la manera francesa.

—Carlos, he dejado para el final a Louise Ambler, una de nuestras más eficientes colaboradoras. Con ella

quiero que trabaje estrechamente; ella le enseñará todo lo que tiene que saber de comercio exterior. Es una experta —comentó el director, dirigiéndose a una mesa que estaba un poco apartada del resto, en la que estaba sentada una chica rubia que les saludó desde lejos con una bonita sonrisa.

Cuando llegaron a su altura la mujer levantó de la silla un cuerpo que hizo que Carlos sintiera que le ahogaba el cuello de la camisa.

—Louise, le presento a Carlos Solorzano, del que ya le he hablado.

—Bienvenido —dijo la chica, acercándose y obsequiándole con tres besos.

Pasó el resto de la mañana adaptándose a su nuevo puesto de trabajo. Ocupó una mesa frente ella, quien le entregó unos cuantos expedientes para que los fuese revisando. Se tuvo que esforzar por concentrarse en las carpetas que tenía delante y evitar mirar demasiado descaradamente a Louise, quien de vez en cuando le miraba y dejaba caer una sonrisa.

A la hora de comer el director se acercó para invitarle a que le acompañara. Disfrutaron de una carta selecta y de una conversación agradable en un restaurante cercano al banco; mientras comían y conversaban Carlos pudo apreciar que Armand era un hombre amable y accesible.

Dedicó la tarde a los expedientes que le había entregado Louise, deseando que llegaran las cinco para

volver al hotel y prepararse para el encuentro con Ruth. Tenía ganas de verla, de hablar con ella y admirar de nuevo la mujer en la que se había transformado.

Al fin dieron las cinco. Tras despedirse de sus compañeros, salió del banco para sumergirse de nuevo en el Metro.

• • •

El suburbano de París es uno de los más antiguos del mundo. Los habitantes de la capital le dicen «Tromé», con esa curiosa broma lingüística a la que llaman «Verlan» (L'en ver, al revés) que tienen los parisinos, y que consiste en invertir las sílabas de las palabras para crear palabras nuevas.

Le Tromé de París es un laberinto de galerías, túneles, escaleras y pasillos que ha ido creciendo desde que decidieron su construcción a finales del siglo XIX.

Si hay algo que sorprende al viajero que entra en el Metro de París por primera vez, es la total ausencia de homogeneidad en las múltiples líneas que conforman su entramado. Algunas son antiquísimas, con estaciones oscuras, sucias y malolientes; otras sin embargo son modernas, acristaladas y con los trenes automáticos.

Pasar de una línea a otra es recorrer la historia de París por sus túneles; toda una aventura debido a la nefasta señalización y a lo intrincado de su trazado. El

viajero foráneo se puede encontrar carteles indicando el mismo destino en direcciones opuestas, otros colocados en sitios que no se ven, o señalando un pasillo que termina en una pared; además de ratones, ratas y gente con perros y gatos. Pero tiene su encanto, aunque el viajero novato se pierda a veces. Siempre es fascinante salir a la calle bajo las estructuras de hierro forjado que diseñó Hector Guimard y que constituyen uno de los símbolos del Art Decó parisino.

Carlos viajaba sentado, sumido en sus pensamientos. Pensaba en Ruth. El recuerdo de aquellos ojos negros le trajo el olor de las tardes de verano en su barrio, el sonido de las voces de sus amigos, el sabor a polo de fresa de los labios de aquella niña que fue su primer amor. Cerró los ojos y volvió a ver las perlas de sudor que rodeaban la comisura de sus labios y el rubor de sus mejillas mientras la noche iba azulando el día, y la luna aparecía reflejada en la negrura de sus ojos. Ungidos sus cuerpos por el olor dulzón del que se despojaban las magnolias en el anochecer de aquel parque, en aquel barrio que los vio crecer.

• • •

Ruth se volvió y lo vio parado en el andén, en el mismo sitio donde lo había dejado; le vio sonreír y saludarla levantando la mano donde aún tenía el papel que le

había entregado. Le lanzó una sonrisa y comenzó a subir las escaleras.

Ver a Carlos había sido retroceder quince años en su vida, volver a un tiempo de coletas y calcetines largos, de falda escocesa y zapatos de colegiala. No dudó al pensar que fue la única época feliz que había vivido.

Si se paraba a hacer balance de los hombres de su vida, Carlos era el único del que se podría decir que estuvo enamorada, si es que a los quince años alguien se puede enamorar de verdad. Y sin embargo lo perdió, como había perdido tantas cosas buenas.

Salió a la calle en Concorde y callejeó buscando el número 25 de la Rue Duphot. Cuando llegó al portal miró hacia derecha e izquierda antes de entrar, subió hasta la cuarta planta y pulsó el timbre de la única puerta que había en el descansillo. Treinta segundos después oyó una voz quebrada detrás de la puerta que le pedía que esperase un momento. Vio cómo se abría la portezuela de la mirilla y a través de la rejilla distinguió un ojo que la miraba; poco después oyó abrir el cerrojo de la puerta y la misma voz quebrada que la invitaba a pasar.

El señor Charlet arrastraba los pies al andar. Ruth pensó que debía tener ochenta años. Le siguió hasta una de las habitaciones que había en el pasillo, el entarimado del suelo se lamentaba con cada pisada con un quejido desagradable. Entraron en una habitación que era un pequeño despacho, con estanterías llenas de paquetes,

cajas y utensilios de todo tipo. Junto a la ventana había un pupitre alto e inclinado que sería, pensó Ruth, el que el señor Charlet utilizaba para hacer los trabajos.

—Así que tú eres la chica española de la que me habló Sandra —preguntó el anciano.

—Sí señor, yo soy... —el viejo levantó la mano evitando que pronunciara su nombre.

—No me digas tu nombre, no quiero saberlo —dijo—. Llevo años retirado, ya no veo bien, pero sigo siendo el mejor. No te hubiese atendido si no vinieras de parte de Sandra; la quiero mucho. Mientras vivió en el edificio cuidaba bien de mí, cuando se fue la eché mucho de menos. Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Necesito una documentación completa, Carte de Identité, pasaporte y carnet de conducir.

—¿Sabes que eso te va a costar mucho dinero, niña?

—Supongo que no será barato. El dinero no importa si son buenos —respondió Ruth.

—¿Y por qué necesitas una nueva documentación? ¿No tienes la documentación española?

—No, me la robaron hace mucho tiempo.

El anciano se acercó hasta ella y la miró de arriba abajo, deteniéndose en las tetas; Ruth sonrió pensando que todos los hombres, fuesen jóvenes o viejos, eran iguales.

—Claro, perdéis las cosas y aquí está el señor Charlet para solucionar el problema —dijo el viejo, que no dejaba de mirarle el escote.

—¿Cuánto me va a costar? —preguntó ella.

—Te va a costar mil euros, la mitad ahora y el resto cuando recojas los documentos. ¿Has traído las fotos?

Ruth sacó del bolso un sobre con dinero, contó quinientos euros en billetes de cincuenta y los puso encima del pupitre junto con tres fotos.

—De esto, ni una palabra a nadie. Si tienes problemas con los documentos, yo no sé nada, ni me has conocido nunca. Si tuviese la más mínima complicación por tu culpa, ten presente que, aunque estoy retirado, aún tengo muchos conocidos que me deben grandes favores y no tendrían ningún problema en localizarte para retirarte de la circulación —amenazó el viejo.

—No se preocupe, que por mi parte no va a tener problemas —respondió ella para tranquilizarle.

—Y no me vengas con cuentos chinos de que has perdido la documentación, porque en la Embajada de España te pueden hacer un pasaporte. Si vienes a mí es porque estás metida en algo turbio, pero lo mismo me da; yo, ni necesito, ni quiero saber en qué andas metida. Cuanto menos sepa mejor. Pásate por aquí en una semana, te tendré hecho el trabajo. Y ahora márchate, que me distraes; estás demasiado buena, y aunque soy viejo todavía soy un hombre.

Ruth se rio, se acercó al señor Charlet, lo besó en la mejilla y se marchó. Aún andaba por el pasillo cuando oyó que el viejo le decía:

—Dile a Sandra que venga a verme algún día, que la echo de menos.

Cuando salió a la calle, y mientras caminaba hacia el Metro, pensó que había dado el primer paso, el más difícil. Se había propuesto terminar con todo: marcharse de París a otra ciudad, a otro país, quizá de Sudamérica, para comenzar una nueva vida. Había decidido por fin quitarse de encima los cielos de carbón que habían ensombrecido su vida.

Recordó que por la tarde había quedado con Carlos y pensó en lo que sintió cuando lo reconoció en el Metro; lo vio tan inseguro como a aquel muchacho que se avergonzaba cuando ella le miraba, pero cambiado. Se había convertido en un hombre alto, fuerte y muy atractivo; seguramente sería un hombre feliz, tendría mujer e hijos que le querrían, una casa suya y todas esas cosas que tiene la gente normal y que ella echaba de menos. Después le preguntaría.

También pensó que él desearía saber por qué se marchó, querría saber cosas de su vida; se lo tendría que contar, tendría que revivir de nuevo aquellos momentos que tanto trabajo le había costado enterrar en el olvido. Tendría que contárselo todo. Bueno, todo no, solo lo que no le hiciera daño. Ruth sabía, porque lo había leído en sus ojos cuando se despidieron en el Metro, que Carlos aún la veía como aquella chica que le hizo el amor por primera vez; tenía que conservar esa imagen dulce de ella.

No debía conocer la verdad, nunca conocería el terror y el sufrimiento que había provocado con sus acciones.

Habían pasado tantos años, tantas cosas vividas que le habían hecho olvidar aquella época feliz, tan oculta estaba en su memoria, que a veces, ni siquiera podría asegurar que la hubiera vivido. El encuentro con Carlos había sido un vendaval que había revuelto los cajones de su memoria, una ola que había arrastrado hasta la orilla esos recuerdos que ahora estaban ahí, presentes, en primer plano, pidiéndole, exigiéndole saber más, conocer más de aquellos que habían significado algo en aquella vida ahora lejana, las mismas personas que antes habían sido importantes para ella y que durante muchos años había tenido prisioneras del olvido.